

EL PADRE MANUEL DE JESUS SUBIRANA

MISIONERO ESPAÑOL EN HONDURAS

Luis Mariñas Otero.

I

Hace un siglo vivió en Honduras, por ocho años, un humilde sacerdote español, el Padre Manuel de Jesús Subirana. Poco tiempo ha transcurrido desde su muerte en 1864, pero su figura ha entrado ya en los dominios de la leyenda, de la devoción popular y de la Historia de Honduras.

Al llegar Subirana a Honduras en 1856, acababa de morir otro sacerdote que contribuyó poderosamente a la creación de la nacionalidad hondureña como fue el Padre José Trinidad Reyes, fundador y primer Rector de la Universidad de Tegucigalpa. Pero si el hondureño realiza su obra en las aulas universitarias como inspirador de la cultura nacional, el español viene desde lejanas tierras para realizar su labor de apostolado, de maestro y de creador de ciudades en las regiones más atrasadas y apartadas de la naciente República, que, por la dificultad de comunicaciones, estaban prácticamente desvinculadas de la nueva Nación y a las que sólo, con su labor titánica, contribuyó a incorporar al credo y nacionalidad hondureños.

La personalidad del Padre Subirana ha estado llena de sugerencias para los más disímiles sectores y ha sido objeto de curiosidad y estudio por autores de distintas nacionalidades: hondureños como Celso Reyes y Pompilio Ortega, españoles como los Padres Valentín Villar y Manuel Nadal y del salvadoreño, Rafael González Sol. Ha despertado, en todo el que estudió su persona, una general simpatía que ha venido a ratificar su consagración popular como "El Ángel de Dios", "El Santo Misionero" y otras denominaciones que le otorgó el pueblo humilde que lo había conocido y que casi llegó a divinizarlo, con un respeto y admiración que todavía pervive en las zonas rurales de Honduras donde vivió, transmitida de los padres a los hijos y de éstos a los nietos.

La personalidad de Subirana ofrece, sobre todo, un singular paralelismo con la del Hermano Pedro de Bethencourt, de origen canario, que viviera dos siglos antes en Antigua Guatemala, y, al igual que éste, su nombre está indisolublemente unido a la Historia de su Patria de adopción, donde reposan sus restos. Como su muerte es reciente y su persona fue

muy pronto tema de interés para los estudiosos hondureños, fácil resulta conocer su vida y su obra, sobre la que existe, además, profusa documentación en el Archivo Parroquial de Comayagua y en el Archivo Histórico Nacional de Tegucigalpa.

Sin pretender hacer una enumeración exhaustiva, lo que sería de todo punto imposible, pues toda publicación periódica hondureña ha dedicado en un momento u otro artículos al Padre Subirana, mencionaré tan sólo, por su importancia, los estudios aparecidos en "La Revista de la Universidad",⁽¹⁾ "Revista Rotaria",⁽²⁾ el semanario "La Luz",⁽³⁾ de Santa Bárbara, órgano de la Diócesis de Santa Rosa de Copán; "El Buen Amigo",⁽⁴⁾ semanario de la parroquia de San Pedro Sula; "Correos de Honduras",⁽⁵⁾ y la "Revista Tegucigalpa". Especialmente, la excelente "Revista de la Sociedad de Geografía e Historia",⁽⁶⁾ entre otros numerosos artículos sobre este tema, incluyó en su tomo XXIII un interesantísimo estudio del Padre Valentín Villar, redentorista, con el título "Documentos, leyendas tradicionales y catecismo del Padre español Manuel de Jesús Subirana" que, aunque un tanto desordenado y con insuficiente aparato crítico, es el estudio más completo y exhaustivo que se haya realizado sobre la obra del insigne misionero, además del libro "Patrios Lares" de Pompilio Ortega⁽⁷⁾ y la mención que le dedica "El Primer anuario estadístico de Honduras", redactado por don Antonio Vallejo.⁽⁸⁾

II

El 24 de Octubre de 1956, el Obispo de Comayagua Hipólito Casiano Flores escribe al Presidente Guardiola: "En el día de la fecha se nos ha presentado personalmente el Presbítero Manuel Subirana, solicitando le admitamos en el número de nuestro clero, sin desear otro destino que el de misionar en las tribus salvajes de nuestras costas, cuya ha sido ocupación... No omitimos manifestar al Supremo Gobierno que el sacerdote de que hablamos desea ansiosamente penetrar hasta la Mosquitia prometiéndose el sacar de allí más abundantes frutos, poseyendo el idioma inglés".

Es éste el primer documento que nos atestigua la fructífera presencia del sacerdote español en Honduras. Desde esta fecha hasta su muerte visitó brevemente Nicaragua y El Salvador, pero el resto de su

1) Especialmente los tomos II y IV.

2) Septiembre 1950, Rojas, Daniel: Muerte de Subirana; Agosto 1952, González Sol, Rafael: Subirana, civilizador; Octubre 1952, Ortega, Pompilio: Los prodigios del Padre Subirana; Octubre 1953, Tijerino, Agustín: La biografía de Subirana, y Junio 1957, Lozano Caballero, Candiano: Manuel de Jesús Subirana, la Santa Misión.

3) Artículos de Rafael González Sol en los números de 25 de Septiembre de 1937, 11 de Julio de 1942, 25 de Noviembre de 1955 y 21 de Julio de (1952—?).

4) Número de 31 de Agosto de 1941. Viñals, R. P. Rafael: El Padre Subirana.

5) Número de Noviembre de 1955.

6) Especialmente tomos XIII, pág. 693 y ss.; XXVI, pág. 20 y ss., y XXXIII, pág. 276 y ss.

7) Ortega, Pompilio: Patrios Lares. Tegucigalpa, 1951, Págs. 14 y 24.

8) Vallejo, Antonio R.: Censo General de la República de Honduras, levantado el 15 de Junio de 1887. Tegucigalpa, 1888. Pág. 149 y ss.

tiempo transcurrió en Honduras, que convierte en su segunda Patria y que recorre por entero. Pero dos regiones de Honduras merecieron su especial cariño, las menos asimiladas a la nacionalidad, terreno de misiones donde muy contados españoles se habían establecido y en las que la presencia española antes de la Independencia se había limitado casi exclusivamente a la de los sacerdotes. Fueron dichas regiones la zona del S. O. habitada por indígenas del tronco lenca y la del N. E. poblada por varios grupos raciales indígenas: payas, sumos, jicaues, tahuacas y mosquitos, así como por zambos caribes. En ambas apenas se hablaba el castellano y carentes de cuidado religioso desde la Independencia estaban sufriendo un proceso de descristianización. Estas zonas son donde el Padre Subirana va a realizar su labor de apostolado, que, de rechazo, se convierte en obra hondureñista. Esta labor se acusa, sobre todo, en el N. E. en forma tal que uno de los actuales Departamentos de Honduras, el de Yoro lleva indisolublemente impresa la huella del Padre Subirana.

Visitó también el resto de la República, preocupándose por su progreso espiritual como lo refleja el informe que el 27 de Junio de 1864,⁽⁹⁾ poco antes de su muerte, dirige al Obispo Cepeda de Comayagua, en que relata que faltan por misionar los pueblos de Ocotepeque, Llanos de Santa Rosa, Cerquín, Sensenti, San Marcos, Guarita, Gualcha, Cofradía, San Francisco y Erandique del Departamento de Gracias. Además, todo el Departamento de Choluteca y en el de Tegucigalpa: Texiguat, Lepaterique, Alubarén, Sabanagrande, Güinope y Mineral de San Antonio. "Están —dice— los dichos pueblos, en general, muy relajados". Pero donde ejerce con preferencia su ministerio es en las zonas insalubres del N. E. aisladas física, cultural y económicamente del resto del país. No había llegado todavía a la "Costa Norte" el "Oro verde" del banano y era, entonces, región incomunicada con el resto del país, de escasa población y donde apenas alcanzaba la autoridad del Gobierno central de Comayagua.

En el informe al Obispo de Comayagua, antes mencionado, describe Subirana la "Costa Norte" tal como era en 1864: "...comienza en el Cabo de Gracias a Dios, que dista ochenta leguas de Trujillo y ciento veinte de Omoa. Del dicho Cabo a Blackriver o Lacriba hay cincuenta leguas habitadas por 3000 zambos cuya mayor parte instruí como pude y los bauticé. De Blackriver a Trujillo hay treinta leguas de costa habitadas por negros caribes... A doce leguas de distancia de Trujillo caminando para Omoa comienzan los pueblos de ladinos... Varios de dichos pueblos tienen casa de oración que a instancia mía y con el permiso del señor Del Cid⁽¹⁰⁾ se levantaron, como son: Sangrelaya, Limón, Aguán, Punta Icaco, Río Bonito, Balfate y Cenguita. Los mentados pueblos, a excepción de Trujillo, apenas han tenido otro cuido que el del tiempo que los cuidó Fray Ramón Rojas y del tiempo que los he cuidado yo..." Continúa describiendo la costa hasta Omoa. La Ceiba no existe todavía y Tela es "una aldea de ladinos con ochenta casas".

Honduras era entonces un país de apenas 300,000 habitantes que se debaten entre la guerra civil, la represión y la anarquía. El País atraviesa su Edad Media, es la etapa formativa de la nacionalidad, es un

9) Reproducido en la Revista de la Universidad, tomo II, pág. 117 y ss.

10) A la sazón administrador apostólico de Tegucigalpa.

ambiente lleno de trágicas convulsiones y poco propicio a una labor constructiva y creadora. Poco puede ofrecer al mundo este país desde 1821 hasta la Reforma de Marco Aurelio Soto, que, a partir de 1876, inicia la renovación de Honduras republicana. La época relativamente corta, en que Subirana vive en Honduras (1856-1864), parece transportarnos al mundo anárquico de la baja Edad Media europea por su complejidad y violencia.

El 11 de Enero de 1862 el Presidente Guardiola fue asesinado en el Palacio Presidencial de Comayagua por miembros de su propia guardia. Los años que siguen son confusos y violentos; Castellanos, Medina y Montes ocupan sucesivamente la Presidencia que pasa el General Medina, por segunda vez, el 16 de Febrero de 1864. El 8 de Diciembre del mismo año, una semana después de la muerte de Subirana, estalla la sangrienta guerra de Olancho, seguida de la feroz represión que estuvo a punto de aniquilar el departamento.

El panorama internacional no es menos agitado. Honduras participa en la "Guerra Nacional" centroamericana contra los filibusteros en Nicaragua. La última intentona de su líder, Walker, ocurre precisamente en la costa de Honduras y acaba con su apresamiento y ejecución en Trujillo el 12 de Septiembre de 1860. (11)

En lo religioso tampoco está tranquila Honduras: los choques entre el clero y la autoridad civil son frecuentes. El obispo de Comayagua que recibió a Subirana, don Hipólito Casiano Flores, muere de cólera en 1847. El presbítero Miguel del Cid, candidato a la Sede, choca con el Presidente Guardiola y éste veta su elevación al episcopado. El sacerdote excomulga al Presidente y la Sede queda sin cubrir cuatro años. En Junio de 1851 es designado, por fin, Fray Juan Félix de Jesús Zepeda y Zepeda.

Ante este panorama violento y confuso la actuación de Subirana es sorprendentemente neutral y alejada. El es un misionero extranjero cuyo único objetivo es salvar almas. Las luchas políticas no le afectan ni le interesan y permanece en todo momento alejado de las mismas. Sus relaciones con las autoridades civiles y eclesiásticas son uniformemente cordiales. El Presidente Santos Guardiola, le prestó su protección y la tradición relata que el misionero le predijo la muerte y trató de disuadirle de que viajase a Comayagua desde Tegucigalpa, donde se encontraba. Del Presidente Medina obtuvo tierras para las poblaciones indígenas que fundó.

Los obispos le otorgaron desde el primer día su confianza y toda clase de facilidades para el ejercicio de su ministerio. El de Comayagua le concedió todas las licencias eclesiásticas necesarias el 7 de Enero de 1857. El 29 de Diciembre de 1859 el de San Salvador, Don Tomás Saldaña, y el de León, Don Bernardo Piñol y Aycinena, el 4 de Diciembre de 1860. Como es lógico, poco uso hubo de hacer de las licencias de los dos últimos, cuya jurisdicción sólo visitó por breve tiempo.

11) Por aquellos días Subirana hallábase en Punta de Piedra, en la parroquia de Trujillo y a unos ochenta kilómetros de aquella ciudad. No se conoce alusión alguna suya a dicho acontecimiento. El día 15 de Septiembre realizó 51 bautismos (libro 8, folio 382, año 1860, parroquia de Trujillo).

III

De familia humilde, el Padre Subirana había nacido en 1807 en Manresa, Provincia de Barcelona, España. Estudió en el Seminario de Vich, ordenándose sacerdote en 1834. Fue beneficiado de la Catedral de Manresa, ejerciendo su ministerio en dicha ciudad por espacio de doce años, hasta que en 1846 comenzó su obra misionera, en la Diócesis de Vich primero y la de Barcelona después. Su celo apostólico llegó a conocimiento del Padre Claret, paisano suyo, ex-confesor de la Reina quien, al ser nombrado Arzobispo de Santiago de Cuba, lo llevó consigo el 28 de Diciembre de 1850.

Subirana continuó en Cuba dedicado a su labor misionera, formando parte, con el Padre Francisco Coca, de la Misión de El Cobre, pueblo cercano a Santiago. En 1856 solicitó licencia al Arzobispo para pasar a otras tierras. Al trasladarse Subirana a Honduras, San Antonio María Claret y Clará redactó, el 8 de Julio de 1856, una carta de recomendación para las autoridades eclesiásticas de Honduras, que no puede ser más elocuente: "El año de 1850, se nos presentó ofreciéndose para la misión en esta isla y, conociendo su virtud y celo por el bien de las almas, le admitimos desde luego en nuestra compañía, y desde nuestra llegada a esta Diócesis ha trabajado sin descanso en la santa misión, recorriéndola en todas direcciones, sufriendo privaciones y enfermedades consecuencia de su continuo trabajo y de los rigores del clima en la zona tórrida... Llevó vida evangélica y edificante sin más recompensa que su trabajo".

Desembarcó Subirana en el puerto de Trujillo y de allí continuó el viaje a Comayagua donde el 24 de Octubre de 1846 se presentó al Obispo. Fue por breve tiempo párroco de Talpa en El Salvador y en Honduras encontramos huellas de su paso en los registros parroquiales de toda la República, en Danlí, en Ocotepeque, en Orica, etc. Pero la región que prefirió fue el N. E. de Honduras, aprendiendo, para su labor misionera, el idioma de los jicaques, y una vez al año recorría toda la costa Atlántica de Honduras casando, bautizando y misionando. Imposibilitado de atender personalmente todos los pueblos de la zona, colocó "cuidadores" en los principales lugares; Olanchito, Yoro, etc.

Toda la extensa zona donde ejerció su actividad Subirana —unos 50,000 kilómetros cuadrados— lleva su huella. Organizó a los indios de la región, dispersos en caseríos, en pueblos para los que consiguió del general Medina tierras de buena calidad. Vallejo, en su primer anuario estadístico de Honduras, publicado en 1887, a poco de la muerte de Subirana, habla de la obra ingente del sacerdote como fundador de pueblos y menciona nada menos que 33 aldeas, la mayoría en el actual departamento de Yoro, creados por el misionero: Siriano, Machigüa, Liguigüe, La Guata, Alvarenga, Jimía, Río Abajo, Santa Marta, Mina Honda, Potrero de los Olivos, El Tablón, Las Vegas, La Concepción, Pijol, Mataderos, Lagunita, San Esteban, San Francisco, Laguna Grande, La Bolsita, Candelaria, La Ceibita, Fantasma, Camalote, El Palmar, Guajiniquil, El Pate, Caliche, El Junco, Agua Caliente, Malcate, Laguna de los Micos y Carbonera. "Todas estas agrupaciones —concluye Vallejo— fueron formadas por el infatigable misionero español Presbítero Manuel Subirana".

IV

La actividad primordial de Subirana durante los ocho años que residió en Honduras fue la misionera, en la que encontró un terreno casi virgen. En Liguigüe, Departamento de Yoro, había existido durante un siglo un importante centro misional de los franciscanos para la evangelización de los jicaques. Pero, a partir de 1816, se suspendió el envío del modesto subsidio —664 pesos— que se remitía de Comayagua para su sostenimiento y en la época de Subirana la misión había desaparecido. Ejemplos similares se multiplicaban en el resto del país.

Subirana va a emprender su labor con gran tenacidad y constancia, sin violencia alguna y adaptándose con singular realismo a la situación de sus fieles. “A los indios —escribe— todo se les debe hacer de balde pues son muy pobres, de otra suerte se echaría todo a perder”. Y sin otras armas que su ilimitado celo apostólico —poca ayuda podía esperar de la empobrecida Diócesis de Comayagua— se lanzó a su labor apostólica.

Existe un documento interesantísimo, que constituye el mejor resumen de su obra, el informe que en 27 de Junio de 1864 envía desde Yoro al Obispo Zepeda: “La misión —empieza— especialmente en el Departamento de Yoro, ya comienza a progresar, gracias a Dios”. A continuación, da cuenta de los resultados obtenidos, haciendo una prolija enumeración: de las iglesias ya bendecidas por él menciona ocho; en construcción, nueve; en proyecto, tres; las ermitas proyectadas o en construcción, treintaicuatro en total.

Y esta actividad no se circunscribe al N. E. de Honduras. Testigos de la misma son poblaciones de toda la República. Para mencionar tan sólo un ejemplo, el Padre Bernardo Dolores Coello, párroco de Danlí, escribe a la Curia de Comayagua el 17 de Agosto de 1857; “Permaneció (el P. Subirana) en este lugar veintidós días, empleándolos en el servicio de Dios y de las almas... en un tiempo tan corto comulgaron sacramentalmente 5,542 personas de uno y otro sexo y se efectuaron 130 matrimonios”.

Como instrumento para su obra de catequización, compuso un catecismo muy interesante que, siguiendo en la sustancia al de Ripalda, varía en el método y la explicación para adaptarlo al medio en que vivió. Este catecismo lo redactó, probablemente, durante el primer año de su apostolado para uso de los guardadores e instructores que dejaba en los sitios que sólo podía visitar en contadas ocasiones cada año. Se imprimió en San Salvador en 1860 y quedan del mismo contados ejemplares. El catecismo sirvió para aprender a leer a muchísimos hondureños y trata con gran detalle materias que en otros climas parecerían tan pintorescas como llenas de ingenuidad, fustigando en el mismo las lacras sociales hondureñas. Compuso además ingenuas canciones sacras que todavía recita “su pueblo” un siglo después, como los “alabados”, estribillos que relatan los misterios de la fe.

Toda su actividad no dejó, como era lógico, de impresionar favorablemente a las autoridades eclesiásticas y civiles de Honduras, que lo apoyaron sin restricciones dentro de sus posibilidades. Así en el archivo

parroquial de Comayagua se conserva una autorización,⁽¹²⁾ de fecha 17 de Diciembre de 1858, para que construya y bendiga ermitas y cementerios en nueve pueblos "para que los 4,345 indios tuacas, payas e hicaquez que el señor Misionero Presbítero don Manuel Subirana ha instruído y bautizado en los Departamentos de Olancho y Yoro, puedan ir acostumbrándose a los actos religiosos". Y el Gobierno del Presidente Guardiola se comprometió a prestarle su apoyo en la obra de catequización; lo que incluso fue sancionado oficialmente al ser recogido en las instrucciones a Don Carlos Gutiérrez, Ministro Plenipotenciario de Honduras en las negociaciones del Concordato que fue suscrito el 9 de Julio de 1861,⁽¹³⁾ y que plasman en el artículo 21 del mismo, en cuya virtud el Gobierno de Honduras se compromete "a prestar subsidios y auxilios oportunos al progreso de la fe".

V

Pareja con su actividad de misionero corre su labor educadora. "En Olancho —escribe en su informe al Obispo Zepeda— he logrado reunir a los indios payas en sólo dos puntos que son el del Dulce Nombre y el de Santa María del Carbón y les he puesto rezadores y maestros de escuela". En un momento agitado, en que el maestro rural hondureño no existe todavía, crea escuelas en numerosos pueblos, donde su catecismo servirá de libro de lectura, y en aquellos lugares en que no puede hacerlo, él directamente lo sugiere al Gobierno central, como en la Mosquitia, donde propone la creación de escuelas en Patuca, Blackriver y Cabo Gracias a Dios.

Considerado universalmente como "benemérito de la instrucción pública", años después un Presidente, nada sospechoso de clericalismo, Paz Barahona, ordenó colocar el retrato de Subirana en el Salón de Honor de la Escuela Normal de Tegucigalpa, en atención a los servicios que prestó a la educación de Honduras.

VI

Pero no solamente ha pasado a la posteridad el recuerdo de Subirana como catequizador y maestro. Su labor entre los indios de Yoro, Olancho y la Mosquitia no se limitó a la espiritual, sino que, en una época en que el Gobierno estaba lejano y sus representantes en las zonas atrasadas del País tenían poderes casi nominales, la actuación del Padre Subirana rebasa las fronteras de lo religioso y educativo para ocuparse del bienestar material y del progreso de las comunidades indígenas donde misiona. Así, consiguió del Gobierno del Presidente Medina tierras para sus misionados, realizando una obra eficaz en bien de los mismos, que nos resume Vallejo de esta forma:

"A pesar de que ha transcurrido tiempo considerable desde la muerte del padre-misionero, no ha habido ningún sacerdote de esta Diócesis que haya sentido la tentación de seguir tan noble ejemplo, no obstante de que hay algunos con pretensiones de inteligentes y virtuosos, razón por la cual las conquistas hechas por el Padre Subirana, no solamente no han progresado, ni conservádose siquiera, sino que casi están perdidas".

12) Folio 75 del libro copiator de correspondencia de la Curia de Comayagua, que da principio en Febrero de 1855.

13) v. *Revista de la Universidad*, tomo II, pág. 65.

"El Padre Subirana, con el principal objeto de despertar en los indios selváticos el amor a los trabajos agrícolas y crearles de esta manera intereses permanentes, y emanciparles de la ignorancia por medio de la instrucción, pidió al Gobierno varias concesiones de terrenos, que se otorgaron en legal forma y que se encuentran en el Archivo Nacional, con los nombres de Anisillo, Agua, Agua Caliente, Camalote, Candelaria, Guaguiniquil, Jimia, Ojo de Agua, El Pate, Palmar, Pintada, Santa Marta, San Francisco, Las Vegas y Tela".

"Muerto Subirana, que fue una desgracia y materia de dolor para los indios, y olvidándose de ellos los directores de las cosas espirituales, el Gobierno del General Medina dispuso que los Gobernadores políticos del departamento fueran curadores de los indios y administraran el producto de sus trabajos".

"Este nuevo cargo conferido a los gobernadores de la sección de que me ocupo, fue, por algún tiempo, manzana de discordia entre los prohombres de la ciudad de Yoro y del Departamento, por las especulaciones a que aseguraban se prestaba la guarda o curadería. Afortunadamente todo esto ha desaparecido y los aborígenes han mejorado un tanto su lamentable situación". (14)

Tal labor, que Subirana sólo pudo llevar a cabo gracias a sus siempre cordiales relaciones con el poder civil, ha merecido del ilustre investigador, Monseñor Federico Lunardi, Nuncio que fue en Tegucigalpa, el siguiente comentario:

"El verdadero padre de los hicaques fue el misionero Padre Manuel Subirana que los reunió definitivamente en poblaciones, casi como están ahora, les obtuvo sus derechos de tierras, les dio maestros y les dejó una memoria imborrable". (15)

VII

Al igual que ocurre en Guatemala con el Hermano Pedro de Bethencourt, la memoria popular ha conservado multitud de leyendas sobre los milagros del Padre Subirana. Los más de los prodigios que se le atribuyen tienen un carácter ingenuo; rehace familias, vence ingeniosamente a los brujos indígenas acabando con la superstición entre sus misionados; multiplica la comida o hace brotar fuentes de agua en eriales. En ocasiones el pueblo interpreta sus enseñanzas como profecías. Así el Padre Villar nos dice que "cuando le preguntaron las señales del fin del mundo, él no hizo sino repetir las que trae Nuestro Señor, y ahora cree el pueblo que fue el santo misionero quien lo dijo por primera vez".

Pompilio Ortega recogió en su obra "Patrios Lares" gran parte de la tradición popular sobre sus milagros. En algunos casos de los pocos testigos presenciales que quedan, en los más de los hijos y nietos de aquéllos. Ninguno de los prodigios que se le atribuyen —37 en total— tiene todavía la sanción oficial de la Iglesia, pero encontramos algunos que no pueden menos de sorprendernos. El Padre Villar menciona un documento que describe como "relación de unos ancianos que lo oyeron" en que se atribuyen las siguientes profecías al Padre Subirana: "Los extranjeros se posesionarán de la tierra de la costa. Aparecerán en el siglo

14) Vallejo, Antonio R.: *Censo General de la República de Honduras*, levantado el 15 de Junio de 1897, Tegucigalpa 1898, pág. 149.

En el tomo I de la *Revista de la Universidad* (Pág. 641) se reproduce el Acuerdo del Poder Ejecutivo de 24 de Julio de 1869 sobre la dirección y cultura de las tribus de jicaques. En el Tomo II de la misma revista, pág. 762, se reproduce otro Acuerdo del Ejecutivo emancipando de la autoridad de curadores o administradores a los indios selváticos de Yoro.

15) Lunardi, Monseñor Federico: *Honduras Maya*. Tegucigalpa, 1948, pág. 29.

actual y en el venidero grandes y portentosos inventos que dejarán maravillados a los hombres... Vendrán misioneros tratando de destruir la fe católica, repartiendo libros y dinero para engañar a los incautos". El Padre Villar no menciona cómo y dónde encontró este documento, pero existe un hecho evidente. Los indígenas no se extrañaban de los nuevos inventos, los viejos decían: "Tenía que suceder, lo anunció el Misionero".

Sobre la venida de los protestantes existe una anécdota curiosa de hasta qué punto quedó arraigada en la imaginación popular la advertencia del Padre Subirana contra los evangelistas. Cuando en Marzo de 1931 llegaron a Jutiquile, Departamento de Olancho, dos padres redentoristas se encontraron con que el pueblo había sido visitado por Subirana en 1857, en cuya ocasión anunció que llegarían falsos misioneros que arruinarían la fe, y como los dos sacerdotes fueron los primeros en visitarlos después de la profecía, el Padre Villar nos relata lo que él, como redentorista, conoció directamente de los mismos protagonistas: "Los ancianos los recibieron como enviados del diablo y les amenazaron con ponerles una bomba si es que decían alguna cosa que no fuera buena y avisaron a las aldeas vecinas y nadie les daba comida... Pero como cantaron los cantos tradicionales, la Iglesia se llenó y realizaron 220 comuniones y 15 matrimonios.

Todo ello, unido a su vida ejemplar, ha hecho que su santificación en la mente popular de las tierras que misionó sea una realidad. En la propia jerarquía eclesiástica hondureña ha existido interés en que sea canonizado o al menos declarado Venerable. En 1937, con motivo de la exhumación de sus restos, Monseñor Emilio Morales Roque, entonces administrador Apostólico de Tegucigalpa, se dirigió al Obispo de San Miguel, Monseñor Antonio Dueñas y Argumedo, mostrando su interés en que la Iglesia se pronunciase en este sentido dada su fama de santidad.

El 27 de Noviembre de 1864, a los ocho años de su incansable actividad en Honduras, murió el Misionero, tan pobremente como había vivido, en un caserío cercano a Santa Cruz de Yojoa, Potrero del Olivar, que el pueblo bautizó con el nombre de Subirana, consagrado ya por el uso. Sus feligreses llevaron a hombros el cadáver durante cuatro días, bajo una lluvia torrencial, a la ciudad de Yoro, a doscientos kilómetros de distancia, donde el misionero había expresado el deseo de ser enterrado. "El Angel de Dios" entró en seguida en el mito popular; sus reliquias adquirieron proverbial acción curativa. Se cantaron canciones fúnebres en las aldeas, como aquella de evidente factura popular que aún se recita en Orica y Cedros y que comienza:

"Mi vida se concluyó
En el Estado de Honduras.
Mi corazón se empuñó
Porque fueron almas puras".

En 1929, Monseñor Hombach, Arzobispo de Tegucigalpa, trató de exhumar sus restos de modesta sepultura en la Iglesia de Santiago de Yoro, sin conseguirlo por la oposición popular. El 2 de Agosto de 1937 fueron por fin exhumados, a iniciativa de Monseñor Morales Roque, y trasladados a una pequeña capilla anexa a la Iglesia parroquial de Yoro, convirtiéndose ésta en punto de peregrinación de los hondureños. Allí reposa el misionero español. Tras él queda una obra positiva e ingente y su huella permanente en la Patria de adopción.